

¿Está en decadencia el profesionalismo militar estadounidense?

Thomas E. Ricks



Las Fuerzas Armadas estadounidenses tradicionalmente han sido apolíticas, tradición esta que les ha facilitado mantener un alto nivel de profesionalismo a través de su historia. El autor del presente artículo observa con inquietud la aumentada politización de los militares, situación que, a su juicio, presagia el deterioro del profesionalismo de los militares y la polarización entre el estamento militar y la sociedad civil.

HOY QUIERO hablar sobre algo que me ha llevado a preguntarme con temor si el profesionalismo militar estadounidense está en decadencia. Pero primero quiero hablarles un rato de un perro que vi cuando escribía un libro que trata sobre el Cuerpo de Infantería de Marina.

En ese entonces me encontraba en Hartsville, Carolina del Sur, donde visitaba a un ex Infante de Marina. El individuo había sido oficial de artillería por unos cuantos años, pero hacía 20 años que había dejado de trabajar como tal. Me dirigí a su casa y me saludó así, “Señor Ricks, le presento a mi perro, Brittany.” Respondí, “Hola Brittany.” De inmediato mi amigo se dirigió al perro y le dijo, “Brittany, dile al Sr. Ricks qué prefieres, ¿estar en el Ejército o estar muerto.” Y, el perro se revolcó en el piso y extendió sus cuatro patas en el aire. Me puse a pensar, “He aquí una cultura poderosa que tiene el Cuerpo de Infantería de Marina. No sólo el individuo piensa como un Infante de Marina tras 20 años de haber salido de este servicio, sino que hasta su perro piensa igual”.

Ahora quiero concentrarme en hablar sobre cómo conservar la cultura militar y sobre las amenazas que afronta esta cultura. En especial, me quiero referir a lo que considero que es una amenaza interna para la cultura militar. Es decir, para valerme de una frase que oí por primera vez de labios de Richard Kohn, un historiador militar en la Universidad de Carolina del Norte, quiero decir que el profesionalismo militar estadounidense está en decadencia.

El razonamiento que quiero plantear es que como resultado parcial de los ataques lanzados en años recientes contra la educación militar, los oficiales de hoy en día son menos profesionales en su actitud y comportamiento. Como reacción a esos ataques, nos damos cuenta que la politización de los oficiales ha aumentado con creces en nuestros días. Yo opino que tal aumento no es la respuesta más adecuada. Sería una respuesta más enérgica y más apropiada, por ejemplo, volver a la tradición militar de antaño cuando los militares no pertenecían a ningún partido político.

Permítanme decirles desde ahora que yo no tengo experiencia como militar. Hablo simplemente, en carácter de admirador y de haber pasado gran parte de mi vida cerca de los militares estadounidenses. Tengo fe que me prestarán atención, pero confío que también escucharán las voces de aquéllos cuya experiencia es más global que la mía, tales como la del almirante Stan Arthur, quien sostiene que existe una brecha insondable y preocupante entre los militares y la sociedad estadounidense.

Ahora veamos, ¿qué está cambiando en el profesionalismo militar estadounidense?

En primer lugar, noto una sensación de separación

entre nuestros militares y nuestra sociedad; y, esto no es idea mía. Pienso que el almirante Arthur lo explicó mejor en su ensayo, que fue publicado por la Escuela Superior de Guerra, y en donde Arthur manifestó su preocupación porque los militares estadounidenses piensan que han llegado a ser mejores que la sociedad a la cual protegen. Dentro del mismo contexto, en estos días escuché ciertos comentarios hechos por militares, donde hacían hincapié en la inferioridad de la sociedad estadounidense sin siquiera sopesar las ventajas de dicha sociedad. Esto es un tanto irónico, porque hoy, por primera vez en 25 años, tenemos una economía que es la envidia del mundo.

Esta semana me encontré con un artículo breve en las páginas de temas extranjeros del periódico *Wall Street Journal*. El periódico mencionado afirmaba que los EE.UU. han reemplazado al Japón como el país más competitivo en la economía mundial. Hoy en día, tenemos el promedio de desempleo más bajo que jamás hayamos tenido en tiempos de paz desde que Eisenhower fue presidente—y esto está ocurriendo justo cuando firmamos un tratado de libre comercio, tratado que muchas personas pronosticaron que llevaría al cierre de plazas de trabajo en nuestro país porque estos trabajos serían trasladados a otros países. En los últimos 25 años desde la crisis del petróleo en 1973, esta sociedad ha hecho una transición dinámica de una economía basada en la industria a una economía que se fundamenta en la información. El resto del mundo realiza grandes esfuerzos por ponerse a la par de tales cambios.

Soy de los que opinan que muchos militares de este país no han llegado a sopesar la inmensidad de esa transformación. A veces me pregunto si en realidad nos hemos convertido en una sociedad dedicada a ejecutar guerras de maniobra; mientras nuestros militares se orientan hacia “la guerra de desgaste.” El escritor, Ralph Peters, comentó recientemente que tenemos militares que a menudo se expresan en el estilo del general William T. Sherman¹ pero que actúan como el general George B. McClellan.² Comparto la misma opinión. Díganme, ¿quién sabe más sobre guerra de maniobra, los guerreros de la información en Microsoft, o los oficiales del Ejército que se expresan en términos expedicionarios, pero que quieren actualizar las capacidades de un tanque de 70 toneladas? Cualquiera que haya leído mi libro se dará cuenta que soy un gran admirador de la educación del Cuerpo de Infantería de Marina. Es una educación sana y de resultados positivos. Es flexible y de fácil adaptación. Es más intelectualmente flexible que la de las otras Fuerzas militares. A pesar de todo, casi todos los capitanes de la Infantería de Marina con quienes a diario me encuentro, opinan que la sociedad estadounidense tiene problemas y está

Como resultado parcial de los ataques lanzados en años recientes contra la educación militar, los oficiales de hoy en día son menos profesionales en su actitud y comportamiento. Como reacción a esos ataques, nos damos cuenta que la politización de los oficiales ha aumentado con creces en nuestros días. Yo opino que tal aumento no es la respuesta más adecuada. Sería una respuesta más enérgica y más apropiada, por ejemplo, volver a la tradición militar de antaño cuando los militares no pertenecían a ningún partido político.

en decadencia. Sí, esta sociedad arrostra grandes problemas. Necesitamos, ante todo, hacer una mejor labor para educar a nuestra juventud intelectual y moralmente. No obstante, no concuerdo con los que han opinado en el *Marine Corps Gazette* (Gaceta de la Infantería de Marina) en años recientes, que la próxima guerra en la que participen los militares estadounidenses se librará en nuestro propio país.

La segunda tendencia es la que señala la politización del cuerpo de oficiales. Hasta recientemente, esto era simplemente una anécdota—los chistes que todos hemos oído acerca del Presidente Clinton, cuando nos encontramos en reuniones oficiales o informales. Pero, últimamente, las pruebas de estadísticas han surgido para substanciar estos chistes. En el verano de 1998, el profesor Ole R. Holsti en la Universidad de Duke, dio a conocer unos datos que confirman que los militares de los EE.UU. no sólo se han vuelto más conservadores durante los últimos 20 años, sino que también han entrado más de lleno en la política partidista.

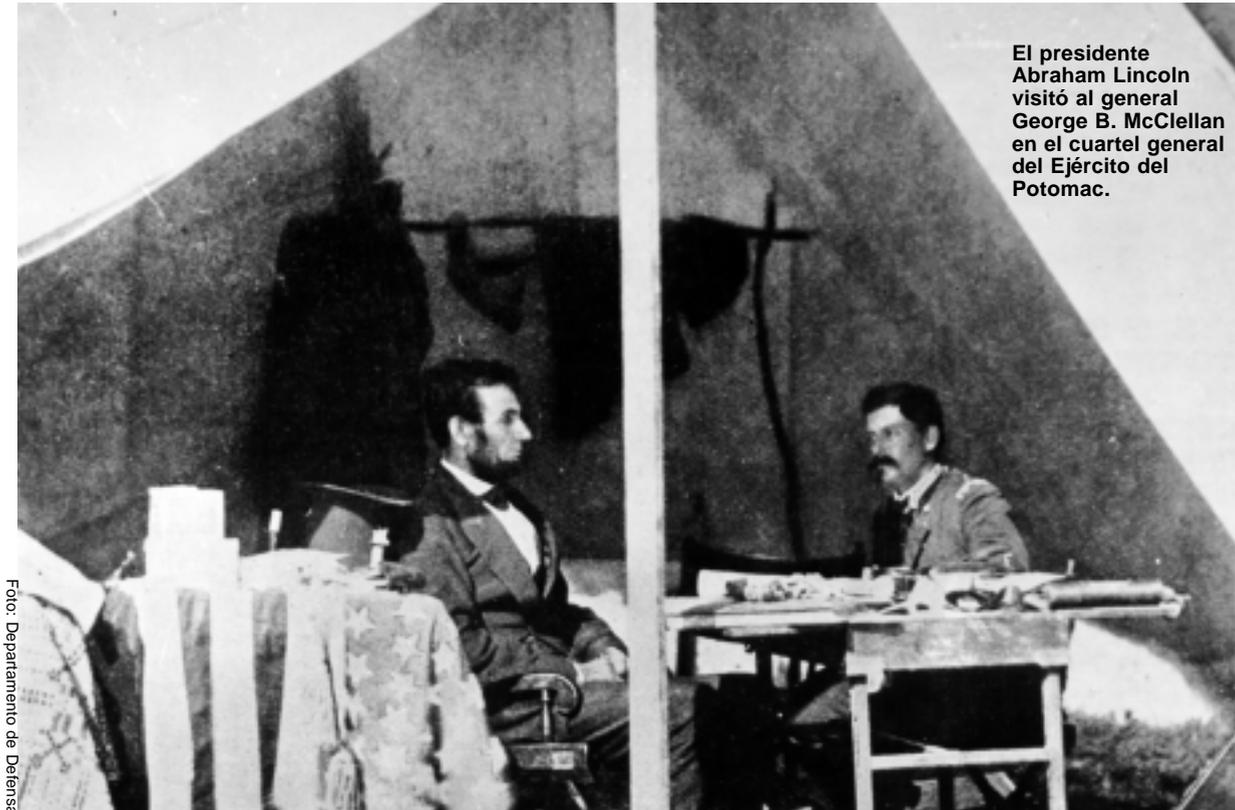
Sucede que cada cuatro años desde 1976, el Profesor Holsti, quien es especialista en política exterior y opinión pública, ha conducido encuestas de opinión y política exterior entre 4.000 personalidades estadounidenses cuyos nombres están recogidos en la obra *Who's Who*³ (Quién es quién) que trata sobre los puntos de vista que tienen estas personalidades en materia de política exterior y en la administración del país. Además, el profesor condujo una encuesta entre las personas que asisten al Colegio Nacional de Guerra y entre oficiales superiores en el Pentágono. Pero Horti no es especialista en temas militares, jamás llegó a clasificar las respuestas que recogió de los militares y, cuando lo hizo,

los resultados fueron sorprendentes. En 1976, una tercera parte de los oficiales superiores que fueron entrevistados dijeron ser miembros del Partido Republicano. En 1996, esa tercera parte aumentó a dos tercios. En 1976, el número de militares conservadores en relación a los liberales fue de casi 4:1, una proporción poco sorprendente en una institución de jerarquías y de cultura conservadora como la de los militares estadounidenses, aumentando la relación mencionada a razón de 23:1 en 1996. Estos resultados, a pesar de que dentro del personal de oficiales superiores hay más mujeres y personas provenientes de minorías, lo que nos indica que una porción muy grande de varones oficiales de la raza blanca está ingresando en un terreno mucho más conservador. Para fines de comparación, este cambio de tendencia hacia la derecha ocurrió cuando se detectaba un cambio de menor cuantía hacia una tendencia conservadora entre los civiles que participaron en la encuesta que condujo el profesor Holsti. En 1976, hubo un 25 por ciento de Republicanos y en 1996, este por ciento aumentó a 34.

Pero el asunto más preocupante fue que Holti observó un descenso muy agudo en el número de los no afiliados a los partidos políticos. Esta última solía ser la categoría principal con más adeptos entre el personal de oficiales estadounidenses: independientes, apolíticos y los que no tenían vínculos con ningún partido. En 1976, en la encuesta que se efectuó, más de la mitad de los oficiales reveló que eran independientes o no afiliados. Actualmente, sólo una cuarta parte de los entrevistados dice pertenecer a uno de estos dos grupos.

Los resultados de todas estas encuestas revelan que estos números son exactos. Por ejemplo, en el mes de diciembre, cuando me encontraba en California, un Infante de Marina me dijo que su jefe tenía el hábito de transmitir por los altavoces los comentarios del conservador de derecha, Rush Limbaugh,⁴ de manera que todos ellos disfrutaran estos comentarios mientras trabajaban. Sea como fuere, transmitir esta clase de comentarios durante horas de trabajo me parece una acción totalmente desprovista de profesionalismo.

Lo que todo esto me demuestra es que éste es un cambio muy profundo, que no ha sido revisado rigurosamente, en lo pertinente a las características de los profesionales militares estadounidenses. En la obra *The Soldier and the State*, la obra clásica que versa sobre las relaciones cívico-militares en los EE.UU., el profesor Samuel Huntington dijo que la no afiliación a los partidos políticos representa un baluarte de la tradición militar estadounidense. Me parece que en los últimos 20 años, ese baluarte ha comenzado a derrumbarse. Pero esto tiene su explicación histórica. La Guerra de Vietnam destruyó el ala belicosa del Partido Demócrata, asociada con el Senador demócrata Henry "Scoop"



El presidente Abraham Lincoln visitó al general George B. McClellan en el cuartel general del Ejército del Potomac.

Foto: Departamento de Defensa

El escritor, Ralph Peters, comentó recientemente que tenemos militares que a menudo se expresan en el estilo del general William T. Sherman¹ pero que actúan como el general George B. McClellan. Comparto la misma opinión. Díganme, ¿quién sabe más sobre guerra de maniobra, los guerreros de la información en Microsoft, o los oficiales del Ejército que se expresan en términos expedicionarios, pero que quieren actualizar las capacidades de un tanque de 70 toneladas? Cualquiera que haya leído mi libro se dará cuenta que soy un gran admirador de la educación del Cuerpo de Infantería de Marina. Es una educación sana y de resultados positivos. Es flexible y de fácil adaptación. Es más intelectualmente flexible que la de las otras Fuerzas militares.

Jackson. Al concluir dicha guerra, muchas personas que eran partidarias de lo relativo a la defensa se desligaron del Partido Demócrata. Simultáneamente, los individuos de raza blanca provenientes del sur de los EE.UU., se movilizaron como una clase para identificarse abiertamente con el Partido Republicano. Pero, que esto tenga su explicación no quiere decir que sea perdonable.

¿Por qué debería preocuparnos esta tendencia? Por muchas razones, casi todas son clara demostración de las relaciones entre nuestros militares y nuestra democracia. Pero, hay una razón muy importante que probablemente no sea tan evidente: La que erosiona el buen funcionamiento de los militares. Históricamente, la politización del cuerpo de oficiales en el servicio militar ha llevado a una ineficiencia militar. Cuando se as-

ciende a un militar por sus opiniones políticas y no por su don de mando en combate o su habilidad en materia de administración, su trabajo como militar se verá afectado. Veamos más allá y usted se encuentra con una república de gobierno centralista, una que por definición se destaca más en la política que al combate.

Combinemos estas dos tendencias descollantes —una separación de la sociedad y una politización— y llegaremos a lo que el político científico de la Universidad de Harvard, Michael Dresch, llamó un “militar semiautónomo.” Si no me equivoco, este término equivale a un militar que no siempre está dispuesto a colaborar con un gobierno civil, uno que de alguna manera comienza a actuar como un grupo que vela por los intereses de su propio grupo. A veces me preocupa que las

rivalidades tradicionales entre las Fuerzas Armadas se están extendiendo a otros actores del escenario en Washington, y que la manera en que el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea solían sostener confrontaciones recíprocas, ahora se aplique a sus interacciones con la Casa Blanca y con el Congreso. Esto puede acarrear problemas. Cuando ustedes comiencen a actuar como un grupo que vela por sus propios intereses, cuando comiencen a jugar a la política, ustedes irán en contra de los fuertes, en el juego de ellos, y no en el juego propio. Creo que hemos percibido un tanto de esto cuando el año pasado, el Líder Mayoritario del Senado, Trent Lott, exigió que la Armada le explicara lo relativo a los contratos de construcción de barcos otorgados al estado que él representa. Uno de sus ayudantes envió una nota a la Armada que se titulaba así: “*How To Make an Unhappy Man Happy*” (Como hacer feliz a un hombre infeliz). La nota estaba redactada como una nota de rescate multimillonario, y el mensaje era así: “En verdad, ustedes tienen una Armada excelente, pero sería terrible si algo le llegara a ocurrir.” He aquí el mismo Trent Lott, quien en mitad del escándalo de Kelly Flinn, le dijo a la Fuerza Aérea que “se quitara la venda de los ojos y se bajara de las nubes y que volviera a la realidad”.

¿Qué es lo que ocurre aquí? Creo que lo que ocurre es que hay personas que tratan a los militares de los EE.UU. como a un grupo que tiene intereses comunes y que son estas personas las que les dicen a los militares, “Bien, si quieren jugar a la política, hagámoslo.” De 1992 a 1995, nos llegaron rumores sobre el asunto de Bosnia, con un Presidente de los Jefes de Estado Mayor Conjunto y cierto personal militar estadounidense en Europa que estaban decididos a no ir a Bosnia y que hacían cuánto podían para socavar las directivas específicas de nuestro país en cuanto a Bosnia. Esto comienza con el general Colin Powell, quien publicó una pieza editorial a mediados de la campaña presidencial de 1992, en la que exponía sus puntos de vista sobre Bosnia y donde contradecía las opiniones del candidato presidencial, Bill Clinton. En ese entonces, éste fue el único tema de política exterior más candente de esa campaña. Posteriormente vimos una diversidad de sucesos que ocurrieron en Europa, donde tomaron parte militares estadounidenses, quienes no compartían la forma en que la administración de Clinton había implantado las directrices generales, al punto que los bosnios se convirtieron en víctimas de la agresión que lanzaron los serbios. Me pregunto si esa oposición interfirió con los planes que el Ejército había preparado para ejecutar en Bosnia. Recuerdo que en 1995, me encontraba al pie del extremo de un puente que fue volado con explosivos y que atravesaba el río Sava, cuyo recorrido va de Croacia hacia el interior de Tuzla. Al conversar con un ingeniero de la 1ª División de Blindados, le pregunté,

“¿Ustedes no sabían que tenían que hacer esto”? A lo que el ingeniero respondió, “Mire Ud. hasta hace cinco semanas, jamás pensamos que íbamos a venir a este lugar.” He aquí a un individuo que, me parece, había sido engañado por sus superiores respecto a la posibilidad de una intervención estadounidense en Bosnia.

Con esto no estoy afirmando que los militares no deberían disentir. De hecho, pienso que en las fuerzas militares debe restaurarse la gran tradición de disentir sin perder de vista la lealtad. Es claro, la obligación del militar que profesa el servicio de las armas debe ser la de aportar su mejor opinión, especialmente, cuando se perciba que los superiores ejercen se orientan en sentido equivocado. Tengo la impresión que a la actitud correcta de disentir se le debe dar toda nuestra atención. Como lo anotó Eliot Cohen, pensemos cuán difícil debe haber sido para el Presidente Franklin D. Roosevelt en los años de la Segunda Guerra Mundial, cuando no prestó atención a los consejos de sus jefes militares de mayor jerarquía y decidió invadir África del Norte. Pensemos cuán difícil hubiera sido su trabajo si Roosevelt se hubiera puesto a pensar cómo se vislumbraría esa disputa tras transcurridos dos días cuando fue publicada en el *Washington Post*, el *New York Times* y en el *Wall Street Journal*. Hay mucho que polemizar sobre una política hasta el momento en que se toma una decisión, y luego actuar inteligentemente y ejecutar tal decisión con todas nuestras fuerzas.

Hoy quiero dejarles dos preguntas de mucho contenido y unas cuantas ideas sobre soluciones.

Mi primera pregunta tiene que ver con estos cambios de tendencia puritana que a diario observo que ocurren entre algunos militares de los EE.UU., especialmente, en la Infantería de Marina, donde frecuentemente me encuentro con una religiosidad al descubierto, donde los que prestan servicio en esta institución armada alardean de su religión, a tal punto que pienso que tal conducta tiene efectos laterales imprevistos. Tal puritanismo y religiosidad pueden estimular la hipocresía; por ejemplo, un oficial de la Infantería de Marina me dijo recientemente, que él creía que su coronel se hacía cada vez más religioso a medida que se acercaba la llegada de la junta de ascensos. Pero esto no sólo ocurre entre los Infantes de Marina. Un oficial de la Academia de la Fuerza Aérea (Colorado) me dijo que si una persona que trabaja en su oficina no asiste a la reunión de estudios bíblicos que se celebra todos los Lunes por la mañana en su departamento, esa persona quedará relegada al olvido durante el resto de la semana. ¿Es propio que cuando en el Pentágono se comience una reunión para almorzar se eleve una oración a Jesucristo? ¿Es correcto que el nuevo Informe de Idoneidad de Oficiales del Ejército contenga preguntas relativas a la moral del oficial a quien se le hace la evaluación? ¿Qué ocurre si la

persona que emite ese juicio cree que el aborto es inmoral, y la oficial a quien se evalúa acaba de someterse a un aborto perfectamente legal, con el fin de asegurarse que podrá desplegarse al Golfo para volar su helicóptero de ataque? ¿Qué ocurriría si los grandes y brillantes líderes como el general George Patton y el comandante de Infantería de Marina Chesty Pullers tuvieran que someterse a estas pruebas? ¿Tendrían posibilidad de aprobarlas?

La segunda pregunta es aún más importante. Ésta la hizo Andrew Bacevich, un coronel retirado del Ejército, quien ahora dicta cátedra en la Universidad de Boston, y que preguntó: “¿Qué ocurrirá a los militares estadounidenses sumamente conservadores y politizados cuando se enteren que los conservadores del Congreso no necesariamente están a favor de ellos? Hemos sacado conclusiones de esta situación por los comentarios del Senador Lott respecto a la Teniente Flinn, hace cosa de un año. Empero, dudo que serán los demócratas los que reducirán los gastos de defensa al recortar \$20 millones de un presupuesto de \$50 mil millones anuales. Los demócratas son demasiado vulnerables en ese sentido— se asemejan al muchacho de escuela que nerviosamente pasó silbando enfrente del “chico más pendenciero” de la escuela, y que le dice, “Mira, te daré \$250 mil millones de dólares por año con tal de que me prometas que no me vas a tocar”. Un republicano en la Casa Blanca no tendrá que arrostrar ese problema. Si por ejemplo, el eterno guardián del presupuesto, John Kasich,⁵ llegara a convertirse en inquilino de la Casa Blanca dentro de unos cuantos años, de seguro que examinará el presupuesto de defensa, y hará recortes muy drásticos en el mismo, acción que le permitiría resolver el problema del Seguro Social en los EE.UU. ¿Qué es lo que ocurre entonces a los militares que toman parte en actividades políticas? ¿Llegará el momento en que las fuerzas armadas volverán a ser apolíticas? ¿O a la inversa, estos militares se tornarán más conflictivos, más desconfiados del sistema político?

Tengo la impresión que quienquiera que esté dispuesto a señalar dónde están los problemas debe procurar presentar soluciones. ¿Qué podemos hacer?

En primer lugar, creo que necesitamos cavilar sobre lo que significa ser un oficial profesional comisionado en estos días. Encontraremos muchas opiniones, empero, no todas serán correctas. El oficial subalterno de hoy en día parece creer que ser oficial equivale a ser miembro del Partido Republicano. Usted observará esto en encuestas efectuadas en la Academia Naval en Annapolis y en la Academia Militar de West Point, en Nueva York. Asimismo, la teniente Flinn, oficial subalterno, parece haber dado por sentado que es correcto desobedecer las órdenes si éstas no son realmente de nuestro agrado. Por otra parte, pienso que tanto el te-

Usemos al personal de la Reserva en forma más creativa. Creo que en años recientes hemos tratado al personal de la Reserva casi con altanería. En 1995, alguien me llevó a Haití para que pasara cierto tiempo con el grupo A de las Fuerzas Especiales. El tipo que me facilitó el transporte era un reservista a quien se le había asignado la misión de conducir un vehículo de transporte Humvee durante seis meses. En la vida civil, el joven trabajaba como gerente de una oficina del servicio de entrega de encomiendas, *Federal Express*, en la ciudad de Atlanta. Díganme ustedes ¿quién sabía más de logística oportuna, el conductor del Humvee o el coronel responsable de las operaciones de logística? Para citar otro ejemplo: En nuestros días todo el mundo disfruta al hablar sobre el tema de la guerra de información, pero díganme, ¿hay una unidad de la Reserva compuesta por guerreros de la información en el Valle de Silicón en California? Las Reservas bien podrían ser un verdadero puente para entrar en la sociedad estadounidense.

niente conservador como el desobediente teniente Flinn, están equivocados y de la misma manera: ambos se han alejado de la tradición militar.

Como parte de esa reflexión, necesitamos pensar en términos de cómo hacer resurgir la tradición de disentir sin perder de vista la lealtad, y de pensar en los métodos adecuados para disentir como militar.

En segundo lugar, necesitamos pensar de qué manera podemos achicar la brecha entre los militares y la sociedad estadounidense. Me gustaría ver que se vuelva a implantar el servicio militar obligatorio, pero pienso que ésto no volverá a ocurrir. No obstante, hay otras cosas que pueden hacerse que rindan los mismos resultados. Por ejemplo, dar mayor impulso al Centro de Preparación de Oficiales de la Reserva en las instituciones de primera clase, tales como las universidades de prestigio académico y social en los EE.UU. Difundir los beneficios del Centro de Preparación de Oficiales

de la Reserva de la Armada y de la Infantería de Marina en colegios universitarios a los que tradicionalmente han asistido personas de la raza negra. Si la Armada afirma que no puede encontrar los ingenieros que necesita, los Infantes de Marina pueden hacerlo por sí solos—necesitan un montón de soldados rasos que no necesitan tener ni el mínimo de conocimientos de ingeniería. Ahora mismo, el Ejército tiene 10.000 oficiales de la raza negra. ¿Por qué? Porque por décadas el Ejército ha tenido una presencia vigorosa en los colegios adonde tradicionalmente han asistido los negros. La última vez que hice un recuento, había casi 1.000 oficiales negros en la Infantería de Marina. Todo lo que tienen que hacer ustedes es preguntar.

Ya que hablamos de esta brecha, ustedes bien podrían reducir los requisitos que han sido fijados para los que ingresan a la Academia Naval en Annapolis y a otras academias de manera que haya más personal que ingrese a estos centros, preste el servicio militar requerido y de nuevo se incorpore en la sociedad. En el Congreso de los EE.UU., el número de veteranos va cada vez más en decadencia. Si no tenemos a alguien que comprenda a los militares en el Congreso, tendremos problemas. Por la misma razón, cuandoquiera que sea posible, debemos enviar a las universidades civiles a los oficiales que necesitan terminar sus estudios universitarios.

Usemos al personal de la Reserva en forma más creativa. Creo que en años recientes hemos tratado al personal de la Reserva casi con altanería. En 1995, alguien me llevó a Haití para que pasara cierto tiempo con el grupo A de las Fuerzas Especiales. El tipo que me facilitó el transporte era un reservista a quien se le había asignado la misión de conducir un vehículo de transporte *Humvee* durante seis meses. En la vida civil, el joven trabajaba como gerente de una oficina del servicio de entrega de encomiendas, *Federal Express*, en la ciudad de Atlanta. Díganme ustedes ¿quién sabía más de logística oportuna, el conductor del *Humvee* o el coronel responsable de las operaciones de logística? Para citar otro ejemplo: En nuestros días todo el mundo disfruta al hablar sobre el tema de la guerra de información, pero díganme, ¿hay una unidad de la Reserva compuesta por guerreros de la información en el Valle de

Silicón en California? Las Reservas bien podrían ser un verdadero puente para entrar en la sociedad estadounidense.

Finalmente, respecto al personal de tropa, el almirante Arthur ha sugerido que precisamos pensar en términos de escuelas preparatorias para este personal, de igual manera que hemos trazado planes para las academias. Costosos, sí, pero si queremos tender un puente para entrar en la sociedad estadounidense, sería bueno que pensemos en ello.

Para cerrar, creo que la respuesta a los ataques lanzados contra la cultura militar no consiste en convertirse políticamente en un conservador. Pienso que este tipo de reacción es parte del problema y no parte de la solución. El problema se complica aún más porque lleva a una decadencia más profunda de la cultura militar. Creo que la respuesta consiste en reafirmar el tradicionalismo militar. Por supuesto, es fácil decir esto. Lo difícil estriba en cómo hacerlo en la década de los noventa. ¿Cómo puede acomodarse el tradicionalismo militar en militares integrados por ambos sexos? Es difícil responder a esta pregunta. Pienso que comenzamos por poner en vigor las normas que no son políticas. ¿Cómo responder a esta pregunta es, sin duda alguna, uno de los actos más heroicos que los más jóvenes llevarán a cabo en el curso de sus carreras militares. Les deseo muy buena suerte. **MR**

NOTAS

1. El general William Tecumseh Sherman (1820 – 1891) fue uno de los dos generales más conocidos que estuvo al mando de las tropas de la Unión durante la Guerra Civil norteamericana. También fue uno de los primeros graduados de la Academia Militar de West Point. Ganó gran renombre por su rechazo total a ingresar a la política partidista.

2. El general George Brinton McClellan (1826-1885). Brillante ingeniero y muy hábil para organizar pero no un comandante de primera. Graduado de la Academia Militar de West Point.

3. Libro de biografías de personas notables.

4. Rush Limbaugh, comentarista de radio, nació en el Estado de Missouri en 1951. Después de ganar experiencia como anfitrión de un programa de radio a mediados de los ochenta, inauguró un programa de radio que se transmite por más de 600 estaciones de radio por todo el país. En sus comentarios critica los programas socioeconómicos del gobierno y es famoso por su verbo mordaz.

5. John Kasich, de 46 años de edad es un reconocido líder del Partido Republicano. Ha sido el arquitecto del presupuesto nacional que no sólo eliminó el déficit del presupuesto nacional sino que aboga por cambios drásticos tales como transferir el poder, dinero e influencia que están en manos del gobierno central a los gobiernos estatales.

Thomas E. Ricks es el corresponsal en el Pentágono para el periódico Wall Street Journal y es el autor de Making the Corps, obra recientemente publicada en copia de bolsillo por Touchstone Books. Ricks ha sido nominado para el Premio Pulitzer de periodismo y ha recibido el Premio de la Sociedad de Periodistas Profesionales por sus informes periodísticos sobre el Cuerpo de Infantería de Marina.